

Editorial

Desde los primeros años de la transición, la sociedad española encontró en el desarrollo de los Servicios Sociales —el llamado «cuarto pilar» del Estado de bienestar— el soporte que precisaba para asentar una silla tambaleante y necesitada urgentemente de legitimidad ante la ciudadanía, ya que hasta ese momento se apoyaba únicamente en tres patas: la educación, la sanidad y las pensiones. Aquella anécdota, que ha relatado Vicenç Navarro, según la cual fue una silla rota, que se encontraba en la sala donde se entrevistaba con el entonces candidato a la presidencia del gobierno, Josep Borrell, lo que le llevó a utilizar por primera vez esa exitosa metáfora sobre el cuarto pilar, sucedía doce años después de aquella otra peripecia que hemos escuchado en ocasiones narrar a Patrocinio Las Heras, según la cual fue una cuidada estrategia de cabildeo e insistencia, llevada a cabo entre los padres de la Patria por un grupo de pioneras del Trabajo Social, lo que hizo posible que el senador Martín Retortillo presentara una enmienda para eliminar la palabra beneficencia de la Constitución española.

Quizá la Historia, con mayúsculas, de lo que ha sido el desarrollo histórico de los Servicios Sociales en España, pueda quedar suficientemente ilustrada con la mezcla de luces y sombras que se resumen en ambas historietas. Entre las dos median algo más de dos décadas, (1978-2000), en las que se establecieron las bases necesarias para levantar una sociedad democrática y asentada sobre derechos civiles, políticos y sociales. Con todo, los logros extraordinarios de aquel período, al final parecían a ojos vista claramente insuficientes, al lado de todo cuanto quedaba aún por hacer.

Una docena de años más tarde, cuando se están ultimando a nivel autonómico las leyes de «tercera generación» en las que se recoge el derecho subjetivo de la ciudadanía a los Servicios Sociales, se multiplican los catálogos

de prestaciones y carteras de servicios, y se intenta aprovechar el tirón que representa la *Ley 39/2006, de 14 de diciembre, de promoción de la Autonomía personal y Atención a las personas en situación de Dependencia*, nos encontramos con que el proceso, iniciado hace más de treinta años y que parecía definitivamente consolidado e imparablemente ascendente en nuestro país, necesita más que nunca ser apuntalado desde sus mismos fundamentos teóricos, ideológicos, políticos y técnicos con iniciativas como la *Alianza para la defensa del sistema público de Servicios Sociales*, que intentan levantar un dique frente a los riesgos que entraña esta crisis que, al principio parecía ser sólo financiera, y finalmente ha mostrado su verdadera y desagradable cara en tanto que crisis global y planetaria.

Con todo y pese a todas las amenazas y oportunidades que encierra el momento presente, el tiempo no ha pasado en vano y algunos de los pasos dados hasta ahora, difícilmente se pueden desandar. El desarrollo profesional y disciplinar experimentado por el Trabajo Social no admite retrocesos; la consolidación en el imaginario social y colectivo de una profesión asociada ya a los Servicios Sociales y que parece imprescindible para lograr una sociedad buena para todos, es hoy por hoy un hecho incontestable y permanente en la conciencia ciudadana; la expansión de una red de equipamientos y recursos que se extienden por ciudades, barrios y mancomunidades a lo largo y ancho del país, es un dato múltiple, ubicuo y de una obviedad irrefutable. Difícilmente, España podría haber llegado a ser lo que es hoy en día, si no se hubiera dotado, tiempo atrás, de una herramienta tan potente y transformadora como han resultado ser los Servicios Sociales de cara a la generación de bienestar y cohesión social.

No cabe duda de que, en muchos aspectos, la integración en la Unión Europea ha hecho posible entre nosotros un formidable desarro-

llo económico que se ha visto reflejado en: infraestructuras, capacidad de innovación tecnológica, diversificación de sectores productivos o expansión multinacional de empresas locales. Sin embargo, al realizar el balance general de esta integración en Europa, no siempre se da suficiente importancia a lo que ha implicado en términos de desarrollo social y político, un terreno en el que sin duda, nuestro retraso histórico respecto a nuestros vecinos del norte aparecía palpablemente, cuando comparábamos la evolución de los respectivos Estados de bienestar, y no era menor del que encontrábamos cuando cotejábamos, por ejemplo, las diferencias entre la industria alemana y la española; una distancia en términos de desarrollo social que llevaba a tipificaciones e itinerarios tan peculiares y diversos como los que en la clasificación del danés, Esping-Andersen, separaban al modelo nórdico o continental, de la llamada vía mediterránea de aproximación a la sociedad del bienestar.

En este terreno, el desarrollo de un sistema de Servicios Sociales, con todas las limitaciones e insuficiencias que se quieran señalar, nos ha hecho sin duda mucho más «europeos». Y esto es algo que se aprecia claramente cuando, por ejemplo, dando un salto sobre el Atlántico, tenemos ocasión de conocer la realidad de algunos países latinoamericanos que, a pesar de ser referentes a nivel mundial desde un punto de vista cultural, político e incluso económico, carecen hoy de un sistema articulado y consistente de Servicios Sociales que permita a sus gobernantes vehicular sus políticas públicas de bienestar social hacia los ciudadanos. Digamos que, en nuestro caso, ese camino ya está hecho; al menos en gran parte.

Sin duda quedan desafíos formidables y que, pese a todos los esfuerzos realizados, continúan pendientes de cara al futuro. Por ejemplo, es muy poco lo que se ha logrado en términos de integración sistemática de la información. Algo tan imprescindible para el diseño, seguimiento y evaluación de las políticas públicas, como es el hecho de poder contar con una información rigurosa, consistente, fiable y actualizada, no ha experimentado un desarrollo similar al que han tenido la multiplicación de edificios, recursos, personal técnico, y prestaciones de todo tipo en el cam-

po de los Servicios Sociales. Mientras proliferaba el *hardware* y se informatizaba la Administración, la evolución en términos de *software*, que puedan representar iniciativas como el Sistema de Información de Usuarios de Servicios Sociales (SIUSS), comenzado a desarrollar en 1994, hace casi veinte años, ha sido extraordinariamente lenta y plagada de dificultades, de manera que todavía hoy su cobertura no llega al 85 por cien de los municipios de las comunidades autónomas en que se encuentra implantado.

El peligro de burocratización excesiva y atrincheramiento en el despacho de los trabajadores sociales ha sido algo, tan repetidamente señalado por unos y otros, que corre el riesgo de convertirse en una muletilla. Sin embargo, no deja de ser un riesgo real que se vuelve doblemente peligroso en estos tiempos, cuando necesitamos reforzar la legitimidad de nuestro quehacer ante los ciudadanos y sus representantes electos. Algo que, sin duda, requiere mayor proximidad al terreno y a las personas; una actividad más dinamizadora y menos tutelar; una intensificación de las dinámicas participativas en las que todos los actores implicados puedan sentirse sujetos protagonistas y, en definitiva, una recuperación de estilos, metodologías y criterios de actuación que tiempo atrás, al comienzo de aquella transición de la dictadura a la democracia a la que aludíamos al principio de este editorial, eran componentes ineludibles de un Trabajo Social que se sabía mucho más comunitario y se reconocía políticamente más comprometido y activo.

Es verdad que entre tanto han venido a multiplicarse las vías de intervención social y que las ONGs y entidades vinculadas a la sociedad civil tienen actualmente un rol y una importancia a todos los niveles que eran impensables en los tiempos en que «el libro de las casitas» —Las Heras, Patrocino y Cortejana, Elvira (1979). *Introducción al Bienestar Social*. Madrid: Ed. Federación Española de Asociaciones de Asistentes Sociales— hizo su aparición en las librerías, no obstante, tampoco en este punto el horizonte está exento de nubarrones. Resulta sin duda alarmante el deterioro de las condiciones de trabajo y la precariedad laboral que se vive en muchos espacios del llamado Tercer Sector, con lo que

se corre el riesgo de acabar generando en la práctica dos mundos, dos subsistemas, el público y el privado, diversos y en conflicto mutuo, lanzados a una competencia abierta o larvada por conseguir los recursos escasos con los que llegar a financiar su actividad. Todo lo cual daría al traste con las posibilidades de partenariado y colaboración que una relación dialógica entre actores sólidos y maduros podría contribuir a generar.

Por último, la azarosa y desigual descentralización administrativa por comunidades autónomas ha conllevado la aparición de desequilibrios organizativos y territoriales que no siempre han contribuido a mejorar la inclusión y cohesión social, por más que esa diversidad de situaciones entre autonomías haya podido jugar sin duda un papel positivo y enriquecedor al estimular el aprendizaje mutuo en base a la experiencia de otros, y a favorecer un desarrollo por emulación que, por ejemplo, en el caso de las rentas mínimas fue, sin duda, muy notable a partir de las primeras experiencias generadas en Navarra y el País Vasco.

En fin, a todos estos asuntos está consagrado este nuevo número de *Cuadernos de Trabajo Social* que han coordinado tenaz y brillantemente Elena Roldán y Montserrat Castanyer. La diversidad de enfoques y procedencias de los autores que han conseguido reunir, esperamos que pueda ayudar a profundizar en el debate abierto y a encontrar soluciones a los dilemas a los que nos enfrentamos en estos tiempos, que algunos pretenden de pensamiento único y hegemonía absoluta del discurso neoliberal. Teniendo en cuenta el respeto a la pluralidad de opiniones y argumentos que corresponde a un medio académico, esta revista, como no podía ser de otro modo, quiere dejar también constancia en este editorial de su defensa serena y rigurosa, pero también encendida y beligerante, de los Servicios Sociales y todo lo que representan para nuestra sociedad.

Pedro José CABRERA CABRERA
Luis NOGUÉS SÁEZ
Directores